

La irrupción del imaginario social, las subjetividades y los sujetos en las ciencias sociales como asunto relevante para la investigación en educación*

Claudia Patricia Sierra Pardo**

*Profesora del Departamento de Trabajo Social
Universidad Nacional de Colombia*

Resumen

Distintas disciplinas han cuestionado la dicotomía de la ciencia moderna entre mundo objetivo y mundo subjetivo. Autores como Durand, Bachelard, Cassirer, Castoriadis, Zemelman, Wunenburger, Ibáñez, entre otros, complejizaron el análisis del sujeto “racional” moderno y del sujeto “histórico” marxista, revalorando lo simbólico y la construcción de significaciones sobre la realidad como asuntos relevantes para comprender las dinámicas sociales. Sus cuestionamientos han permitido el surgimiento de miradas más complejas e investigaciones ancladas en otros horizontes. Este artículo hace énfasis en la importancia de lo imaginario para las ciencias sociales, particularmente en su relación con la constitución de subjetividades y sujetos, planteando posibles rastreos del tema en prácticas educativas populares.

Palabras clave: imaginarios sociales, subjetividades, sujetos, procesos organizativos, ciencias sociales, prácticas educativas populares.

...

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO

Sierra Pardo, Claudia Patricia. 2015. “La irrupción del imaginario social, las subjetividades y los sujetos en las ciencias sociales como asunto relevante para la investigación en educación”. *Trabajo Social* 17: 115-128. Bogotá: Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.

Recibido: 01 de septiembre del 2014. **Aceptado:** 28 de enero del 2015.

* El contenido de este artículo forma parte de la tesis doctoral titulada *Procesos organizativos populares, constitución de subjetividades y sujetos sociales en Bogotá, entre 1970 y 1990*, desarrollada en el Doctorado Interinstitucional en Educación de la Universidad Pedagógica Nacional.

** cpsierrap@unal.edu.co

The Emergence of the Social Imaginary, Subjectivities and Subjects in the Social Sciences as a Relevant Issue in Education

Abstract

Different disciplines have questioned the dichotomy in modern science between the objective world and the subjective world. Authors such as Durand, Bachelard, Cassirer, Castoriadis, Zemelman, Wunenburger, Ibáñez, among others, looked at the complexity of the modern “rational” subject and the “historic” Marxist subject, revaluing the symbolic and the construction of significations of reality as relevant issues to understand social dynamics. Their questioning has given rise to more complex views and research anchored in other horizons. This article emphasizes the importance of the imaginary for the social sciences, particularly in relation to the constitution of subjectivities and subjects, suggesting possible traces of the topic in popular educational practices.

Keywords: social imaginary, subjectivities, subjects, organizational processes, Social Sciences, popular educational practices.

A irrupção do imaginário social, das subjetividades e dos sujeitos nas Ciências Sociais como assunto relevante para a pesquisa em educação

Resumo

Diferentes disciplinas têm questionado a dicotomia da ciência moderna entre mundo objetivo e mundo subjetivo. Autores como Durand, Bachelard, Cassirer, Castoriadis, Zemelman, Wunenburger, Ibáñez, entre outros, tornaram complexa a análise do sujeito “racional” moderno e do sujeito “histórico” marxista, revalorizando o simbólico e a construção de significações sobre a realidade como assuntos relevantes para compreender as dinâmicas sociais. Seus questionamentos têm permitido o surgimento de apreciações mais complexas e pesquisas fixadas em outros horizontes. Este artigo enfatiza a importância do imaginário para as ciências sociais, particularmente em sua relação com a constituição de subjetividades e sujeitos, e apresenta possíveis indagações sobre o tema em práticas educativas populares.

Palavras-chave: imaginários sociais, subjetividades, sujeitos, processos organizativos, Ciências Sociais, práticas educativas populares.

La restitución de lo simbólico a través del imaginario social

Durante buena parte del siglo xx, en las ciencias sociales el uso del concepto “imaginario” equivalía al de “imaginación”, “fantasía”, “ficción”, por lo cual se convirtió en un término confuso e impreciso (Durand 1971, 6; Wunenburger 2008, 13). La mayoría de temas o problemas vinculados con el “mundo de las imágenes” fue abordada desde la facultad psicológica de la imaginación, referida a la capacidad operativa de engendrar y utilizar imágenes.

Según el antropólogo francés Gilbert Durand, durante seis siglos se excluyó a lo imaginario y a lo simbólico del escenario de la ciencia debido a la aplicación del racionalismo que operó como expulsor. Se trató de la extinción gradual del poder humano de relacionarse con la trascendencia y del poder de mediación natural del símbolo (1971, 46). Esto redujo, a principios del siglo pasado, al simbolismo a un campo muy estrecho, que intentó superarse unas décadas después con ciertos desarrollos disciplinares. La importancia de las imágenes y del mundo simbólico fue planteada, manteniendo desafortunadamente una doble reducción: por un lado, simplificando lo simbólico a datos científicos y, por otro, equiparando el símbolo al signo¹.

Desde mediados del siglo xx, por presiones provenientes de las ciencias humanas, ganó terreno el concepto de “imaginario” referido al estudio “de las producciones de imágenes, de sus propiedades y de sus efectos” (Wunenburger 2008, 13). El filósofo alemán Ernst Cassirer fue relevante en la restitución de lo simbólico, al acuñar el concepto de “pregnancia simbólica” para aludir a que el pensamiento no puede jamás intuir objetivamente una cosa sin integrarla inmediatamente en un sentido (Cassirer citado por Durand 1971, 68-70). La pregnancia simbólica refleja un “inmenso poder” del ser humano: todo está cargado de sentido, para la conciencia humana nada es simplemente presentado, todo es *representado*. Es

dicho, según Cassirer, el mundo material existe en tanto pervive el sentido que lo impregna (Durand 1971, 70).

Por su parte, el también filósofo y además psicoanalista Cornelius Castoriadis cuestionó los marcos de pensamiento occidental denunciando la entronización de la “unidimensional racionalidad tecnoproductiva como mitología hegemónica” (Carretero 2003, 100); además, reivindicó la existencia de dominios diferenciados del pensamiento humano (ciencias exactas y otras ciencias), que deben guardar una relación orgánica y equilibrada puesta en riesgo por el “desarrollo extraordinario” que tuvieron las ciencias exactas desde mediados del siglo XIX, desconociendo otras formas de creación humana (Castoriadis 1946-1948, 77); criticó el presupuesto dualista que fundamenta tanto al pensamiento marxista como al funcionalista, y que separa lo material de lo ideal, la realidad de lo imaginario; e insistió en la necesidad de una “ontología alternativa” que permita dar cuenta de la naturaleza de lo social y reconozca que el imaginario preconstuye la realidad objetiva (Carretero 2003, 98-99).

Comprensiones respecto al imaginario

Desde una perspectiva antropológica, Gilbert Durand plantea una teoría general de *lo imaginario* concebido como totalidad del psiquismo, dado que para él no existe ruptura entre lo racional y lo imaginario. Lo imaginario es definido por Durand como “la ineludible re-presentación, la facultad de simbolización donde todos los miedos, todas las esperanzas y sus frutos culturales emanan de manera continua da” (2000, 135). El imaginario es también “dinamismo equilibrante” que se presenta como tensión entre fuerzas de cohesión de dos regímenes (denominados por el autor diurno y nocturno) que clasifican las imágenes en dos universos antagónicos. Este dinamismo presente en las imágenes permite identificar las manifestaciones psicosociales de la imaginación simbólica y sus cambios en el tiempo. Las artes, las religiones, los sistemas de conocimiento y de valores, y las ciencias se presentan histórica y culturalmente con regularidades alternantes que los ubican de forma diferenciada en uno u otro régimen, lo cual

¹ En palabras de Durand, esto se dio en las denominadas “hermenéuticas reductivas” (psicoanálisis y etnología), que a pesar de mantener este efecto, resultaron importantes en la consideración de un nuevo lugar para lo imaginario al interior de las ciencias sociales.

garantiza el equilibrio social. Insiste Durand: “se ha comprobado que los grandes sistemas de imágenes, de representación del mundo, se suceden de manera intermitente en el curso de la evolución de las civilizaciones humanas” (1971, 97).

Aunque pudiera resultar algo complejo, la construcción teórica y analítica de Durand permite identificar cómo opera la *imaginación simbólica*, como sistema de fuerzas de cohesión antagónicas, en la construcción de esquemas de representación y comprensión del mundo. Durand avanza en el asunto de la clasificación de las imágenes, en la identificación de niveles en la formación simbólica y de los principios que operan en ellos, con lo cual llega a comprobaciones similares a las realizadas también por otros científicos en relación al tema. Intenta un análisis de tipo estructural reconociendo los diferentes dominios presentes en lo real e insistiendo en la necesidad de enfatizar en su comprensión como síntesis totalizadora de estructuras diferenciadas.

Cornelius Castoriadis enfatiza en la concepción del ser humano como apertura obligada a lo simbólico. Desde ella, “la realidad social se constituye y estructura a partir de lo inmaterial, de lo irreal, de una trascendencia de lo estrictamente histórico” (Carretero 2003, 96). Así, reivindica la relevancia del imaginario social como un elemento instituyente de la realidad, fundamental en la sociedad y una gran posibilidad de creación. La realidad existe sostenida en lo imaginario, este se convierte en estructurador de la vida social. Por ello para Castoriadis resultan rígidos e insuficientes los esquemas analíticos presupuestados tanto por el marxismo como por el psicoanálisis para “descifrar toda la fecundidad social de lo imaginario”: ni la estructura, ni el individuo mismo en sus carencias psicológicas o traumas originarios, puede constituirse en centro que invisibilice la importancia de la imaginación y de lo simbólico (2003, 95-96). También insiste en la necesidad de tomar distancia de la lógica presente en el pensamiento occidental que históricamente ha construido una desconfianza hacia lo imaginario.

Castoriadis introdujo el concepto de imaginario radical como una noción nueva que permite comprender la historia desde la no causalidad, para

situarla ontológicamente como autocreación (Poirier 2006, 61). Según Castoriadis, el imaginario no es imagen de algo sino una creación constante, indeterminada, de figuras, formas e imágenes; así como una creación social, histórica y psíquica (citado por Poirier 2006, 63). El imaginario social en esta interpretación implica dos dimensiones: la primera, el *imaginario instituyente*, entendido como “la obra de un ente colectivo humano que crea significaciones nuevas que subvienten las formas históricas existentes” (Poirier 2006, 62). La segunda, *imaginario instituido*, es un “conjunto de instituciones que encarnan esas significaciones y les confieren realidad sean ellas materiales o inmateriales” (63). La noción de *institución* en Castoriadis tiene un sentido amplio que incluye normas, valores, lenguaje, herramientas, procedimientos y métodos tanto para afrontar las situaciones de la existencia y orientar la acción, como para construir al individuo mismo (citado por Poirier 2006, 63). El sentido dado a la vida depende directamente de las significaciones sociales construidas. El imaginario radical se autodespliega como campo histórico-social (como sociedad y como historia) por medio de las dimensiones de lo instituyente y lo instituido, siendo la institución una creación originaria del campo histórico-social. En palabras de Castoriadis: “lo histórico-social es la unión de la sociedad instituyente y de la sociedad instituida y también la tensión entre ellas; así como es unión y tensión de la historia ya hecha y de la que se está haciendo” (citado por Poirier 2006, 64).

Jean Jacques Wunenburger, filósofo francés, usa la categoría “imaginario” para identificar

Un conjunto de producciones, mentales o materializadas en obras, a partir de *imágenes visuales* (cuadro, dibujo, fotografía) y *lingüísticas* (metáfora, símbolo, relato) que forman conjuntos coherentes y dinámicos que conciernen a una función simbólica en el sentido de una articulación de sentidos propios y figurados. (2008, 15)

Para este autor los contenidos del imaginario son plurales, lo cual no quiere decir que se trate de un conjunto caótico. Todo lo contrario, lo imaginario obedece a estructuras y su historia está marcada por

un juego sutil de constantes variaciones en el tiempo (Wunenburger 2008, 27). “Lo imaginario es una organización compleja y sistémica de imágenes, dotadas de una creatividad propia” (Wunenburger entrevistado por Bauzá 2007). La categoría tiene una dimensión “íónico-verbal” asociada a dos tipos de registros de imágenes: el visual y el lingüístico, que guardan entre sí una relación de complementariedad, continuidad y fortalecimiento mutuo (2008, 28-30); imágenes (íconicas o lingüísticas) cargadas de sentido.

El imaginario social puede entenderse, entonces, como el conjunto de significaciones o de construcciones simbólicas en creación y recreación permanente, que dan sentido a la acción humana y se constituyen en referentes para leer la realidad y actuar en ella, al mismo tiempo que la construyen simbólicamente. Como elemento instituyente de la dinámica de la sociedad, el imaginario social concretiza la capacidad de simbolización, continua e inevitable, propia del ser humano; en otras palabras, la posibilidad de creación constante e indeterminada de figuras, formas e imágenes. La dimensión “íónico-verbal”, referida diferenciadamente tanto por Durand como por Wunenburger, tiene un papel relevante, pero es el sentido o la significación nueva que las imágenes puedan contener lo que resulta sustancial para el análisis de los imaginarios sociales.

Funciones del imaginario social

En primera instancia, lo imaginario se convierte en estructurador de la vida social. En palabras de Castoriadis, la realidad existe sostenida en lo imaginario. Las dos dimensiones del imaginario (instituyente e instituido) operan configurando características, dinámicas, sentidos que instituyen la realidad misma.

Para Durand, la imaginación simbólica (término con el que se refiere al imaginario) cumple inicialmente una función de equilibrio en tres niveles: en primer lugar, *vital*, en cuanto restablecimiento del equilibrio afectado por la inevitabilidad de la muerte para el ser humano —el símbolo opera aquí como “mensajero de la trascendencia en el mundo de la encarnación y de la muerte” (1971, 122)—. En segundo lugar, *psicosocial*, el símbolo tiene según Durand el

potencial restaurador del “buen sentido del equilibrio” (125) tanto mental en el individuo, como social ante los cambios en las formas societales (Sánchez 1999, 96). El tercer equilibrio es *antropológico*, permite tejer y visibilizar lo que reside en el espíritu humano general: “la razón y la ciencia solo vinculan a los hombres con las cosas, pero lo que une a los hombres entre sí, en el humilde nivel de las dichas y penas cotidianas de la especie humana, es esta representación afectiva por ser vivida, que constituye el reino de las imágenes” (Durand 1971, 133). Durand señala una función más, ligada a la restitución de la dimensión trascendental de los seres humanos: la imaginación organiza los símbolos en series que siempre conducen hacia una trascendencia infinita (valor supremo).

A lo anterior añade Maffesoli (2003) que el imaginario social cumple una “función íónica”, que resalta el valor relacional de la imagen en medio de lógicas de pensamiento que minimizan e incluso niegan su papel en la dinámica social: “la función íonica no tiene validez en sí misma sino que es esencialmente evocación [...] es relativa en el sentido en que no aspira a lo absoluto ya que pone en relación”. Este relativismo la convierte en sospechosa, al no permitir que se produzca la certeza como seguridad que lleva al dogma (151).

Según Wunenburger (2008), lo imaginario cumpliría tres tipos de funciones tanto a nivel individual como colectivo:

Satisfacción de necesidades de la sensibilidad (perspectiva estético-lúdica)

Esta función se vincula directamente con el juego, el entretenimiento y las artes. En relación con cada uno de ellos, la función se llena de contenido diferenciado en el momento socio-histórico actual. El imaginario lúdico aseguraría la existencia de una especie de “válvula de seguridad” para el ser humano. En el ámbito del entretenimiento, el imaginario lúdico es transformado en una especie de ilusión mágica, frívola y fuente de placeres. Aparecen tanto un “consumo ritualizado”, como lo que el autor denomina “imaginario narcótico”, basado en el consumo de emociones violentas y en la intensificación de la

vida corporal. La representación artística, por su parte, potencia “la realización, fijación y expansión de la subjetividad” (46-48).

Satisfacción de necesidades del pensamiento (perspectiva cognitiva)

“Lo imaginario puede aparecer como una vía que permite pensar allí donde el saber desfallece”, dice el autor para indicar que lo imaginario permite disponer de técnicas de pensamiento simbólico y analógico que aportan en grados diversos a los procesos cognitivos (49-50). En relación con esta función, aparece en un lugar central el mito y su análisis.

Dar fundamento, motivo y fuerza a las acciones concretas (perspectiva instituyente práctica)

Esta última función representa, en mi opinión, una de las más relevantes, por cuanto muestra la potencialidad y poder del imaginario. Dice Wittenburger que, además de dotar de motivos y fines, el imaginario genera dinamismo y entusiasmo particulares para la acción:

lo imaginario arma a los agentes sociales con esperanza, con espera, con dinamismos para organizar o disputar, para incitar a acciones que hacen a la vida misma de los cuerpos sociales. Sin la mediación de lo imaginario, las sociedades corren el riesgo de no ser más que organizaciones estables y funcionales que pueden compararse con hormigueros. (2008, 51-53)

Imaginario social, subjetividades y sujetos sociales

Con Castoriadis quedó planteado el papel relevante de las significaciones imaginarias en el análisis de la constitución de las subjetividades modernas (Carretero 2003). De la misma manera que estas significaciones se encarnan en instituciones, lo hacen también en formas subjetivas. Instituciones y subjetividades serían categorías situadas en el mismo nivel de relación con el imaginario social.

Tres afirmaciones generales son necesarias para reconocer la pertinencia de las categorías subjetividad y sujetos. En primer lugar, de forma similar a como se restituye el lugar del imaginario al inte-

rior de las ciencias sociales, la subjetividad aparece recientemente como perspectiva analítica posible y relevante. Distintos autores plantean las razones para ello (De la Garza 2001; Guattari y Rolnik 2006; Torres Carrillo 2006) coincidiendo en señalar la crisis y el agotamiento de las teorías sociales dominantes durante el siglo XX, cuyos desarrollos no permitían comprender el dinamismo de nuevos procesos sociales. En palabras de De la Garza (2001), se trata de toda una *crisis epochal*: “derrumbes de proyectos de sociedad [...] grandes cambios de visiones del mundo y de ideas de futuro que, como maneras de ver y sentir, se vuelven sobre las teorías y epistemologías para empujar el cuestionamiento de sus fundamentos” (84).

En segundo lugar, la importancia de la subjetividad en la teoría social del siglo XXI “nace del rechazo a los determinismos estructuralistas y funcionalistas del periodo anterior” y, según De la Garza, formaría parte de lo que Hans-George Gadamer denominó “hermenéuticas en sentido amplio”. Es decir, existe un vínculo con significados acumulados socialmente que los actores no escogieron (Habermas 1988, citado por De la Garza 2001, 84). La subjetividad se articula a la potencia y complejidad de los imaginarios sociales.

Tercera afirmación: la crisis de época y la entronización de la subjetividad como perspectiva analítica válida en las ciencias sociales ha implicado en las últimas décadas una especie de “vuelta al *sujeto*”. Reflexividad que cuestiona el predominio de la racionalidad instrumental y de la sujeción individual y colectiva propia de la sociedad en la que vivimos. Señala Durand, por ejemplo, que en las sociedades hiperracionalistas el símbolo se reduce a signo y con ello se liquida; se extirpa. Pero esto significa la “liquidación de la persona y su energía constitutiva” (1971, 75).

Castoriadis (1999) refuerza el cuestionamiento al señalar que el ser humano cuenta con la capacidad de construir imágenes y significaciones simbólicas, de forma individual o colectiva, gracias a la imaginación radical; sin embargo, el individuo está alienado: es “heterónomo”; la sociedad le ha impuesto, mediante la socialización, criterios sobre lo que es bueno, malo, justo o injusto (248). Zemelman (1992)

plantea con total claridad que en la sociedad contemporánea se arremete contra el individuo como sujeto, anulando su capacidad protagónica y persuadiéndolo de que cualquier actitud crítica escapa de lo real y es insostenible.

Los tres planteamientos expuestos anteriormente muestran las conexiones existentes entre imaginario, subjetividades y sujetos. Se enfatizará a continuación en las nociones asociadas con las dos últimas categorías y sus procesos de constitución.

Comprendiones acerca de la subjetividad

Sobre el asunto de las subjetividades se encuentran desarrollos analíticos en distintos campos disciplinares como la psicología, la antropología, la ciencia política, la cultura política y la pedagogía, entre otros. A pesar de los énfasis particulares, se identifica un núcleo común de referencias cuando se piensa la subjetividad.

La subjetividad puede ser entendida como:

conjunto de instancias y procesos de producción de sentido, a través de las cuales los individuos y los colectivos sociales construyen y actúan sobre la realidad, a la vez que son constituidos como tales. Involucra un conjunto de normas, valores, creencias, lenguajes y formas de aprehender el mundo, conscientes e inconscientes, cognitivas, emocionales, volitivas y eróticas, desde las cuales los sujetos elaboran su experiencia existencial y sus sentidos de vida. (Torres Carrillo y Torres 2000, 8)

Desde una perspectiva similar, Lechner valora la subjetividad como fenómeno complejo que abarca valores y creencias, disposiciones mentales y conocimientos prácticos, normas y pasiones, experiencias y expectativas (citado por Martínez 2006, 132).

Isabel Jaidar señala que la subjetividad

incluye el conocimiento, las construcciones simbólicas e imaginarias de aquellos saberes descalificados por el positivismo señalándolos de no racionalistas, como son los mágicos, los míticos, los religiosos y, en fin, todas las construcciones imaginarias y simbólicas que perviven en todos los pueblos de la tierra, y que se inscriben en un registro que tiene un lazo

entre lo simbólico, lo social y lo singular. (citado por Torres 2006, 91)

Además de ser valorada por distintos autores como categoría de mayor potencia que otras, como conciencia o identidad, la subjetividad puede ser entendida también como un “campo problemático” o una perspectiva desde la cual es posible pensar la realidad social y lo que sobre ella se constituya como pensamiento (Torres Carrillo 2006, 91).

Es necesario aclarar que la subjetividad no puede reducirse a la cultura, en cuanto que la primera tiene que ver con el proceso de *producción* de significados a partir de distintos campos subjetivos, y la segunda, es vista como *acumulación social* de significados (De la Garza 2001, 88-89). De la Garza, por su parte, plantea la existencia de “campos de la subjetividad”; espacios diversos que permiten la construcción simbólica porque contienen elementos acumulados para dar sentido socialmente (2001, 95). Se trata de campos como el del conocimiento, el de las normas y valores, el del sentido estético, el del sentimiento como fenómeno social y el del razonamiento cotidiano (Di Giacomo 1984, citado por De la Garza 2001, 96).

Subjetividades emancipadoras

La subjetividad social incorpora y manifiesta elementos de lo instituido socialmente, pero al mismo tiempo se construye permanentemente desde las tensiones, interacciones, conflictos y construcciones intrépidas de lo inexistente posible. Allí reside el carácter “magmático” que algunos autores, como Castoriadis, le atribuyen y ciertas distinciones que otros realizan. Resulta clave distinguir, por ejemplo, entre la “subjetividad estructurada” —aquella que involucra los procesos subjetivos de apropiación de la realidad dada— y la “subjetividad emergente o constituyente” —que abarca las representaciones y otras elaboraciones cognoscitivas portadoras de lo nuevo, de lo inédito—. La segunda se define *contra* la subjetividad estructurada y a veces *fuera* de ella (Torres Carrillo 2006). De otra parte, Hugo Zemelman entiende la *subjetividad social constituyente* como una determinada articulación de tiempos y espacios. Posee un carácter histórico-cultural porque alude a

la creación de necesidades que se particularizan en momentos y lugares diversos, y por ello refiere al surgimiento de proyectos de futuro (León y Zemelman 1997, 24). Con un sentido similar se plantea la existencia de “subjetividades reflexivas”, cuando un sujeto es consciente de las imposiciones que sufre y es capaz de cuestionar las significaciones y las reglas que ha recibido de la sociedad, e incluso cuestiona a sus propias instituciones (Castoriadis 1999, 249). En el caso de Guattari y Rolnik se enfatiza en los procesos de singularización, para denotar una segunda posibilidad de vivencia de la subjetividad: la reapropiación que hace el individuo de los componentes de esta, en una relación de expresión y de creación (2006, 48).

En este artículo se propone la denominación *subjetividades emancipadoras* para agrupar a la de *subjetividad constituyente* o *instituyente* de Zemelman, a los procesos de *singularización* propuestos por Guattari y Rolnik y tanto a las *impugnaciones* como a las *resistencias* generadas en procesos organizativos populares. El planteamiento de Santos (2009) sobre “los modos de producción de no existencia” en la sociedad occidental podría conectarse con la categoría que se propone: 1) monocultura y rigor del saber, que sitúa a la ciencia moderna y a la cultura de élite como criterios únicos de verdad; 2) monocultura del tiempo lineal, que lleva a la comprensión de la historia como determinación; 3) lógica de la clasificación social que naturaliza las diferencias jerarquizándolas; 4) lógica de la escala dominante, que globaliza más que diferencia; 5) lógica productivista que plantea como incuestionable el criterio de crecimiento económico y productividad de la sociedad actual (Santos 2009, 110-114). Desde esta última perspectiva, las subjetividades emancipadoras implicarían rupturas con las formas de producción de existencia social.

Para Castoriadis, la conquista de la verdadera emancipación social pasa por la constitución de una sociedad plenamente autónoma, entendiendo la autonomía como “la disposición o capacidad de los individuos para asumir el origen social y temporal de su imaginario instituido, lo que posibilitaría una constante reproblemática del significado solidificado de su mundo” (Carretero 2003, 102). En varios de sus manuscritos, Castoriadis hace un complejo y

amplio análisis del concepto de enajenación, a partir del cual plantea la necesidad de superar las diversas condiciones asociadas a él, a partir de la constitución de la autonomía en la sociedad y de los sujetos que la componen. Una sociedad autónoma es capaz de autoinstituirse permanentemente al igual que los sujetos. Ello implica ruptura con la lógica identitaria del tiempo lineal y la noción del ser propia de occidente. Sin duda la categoría “autonomía” resulta clave para los procesos de emancipación social.

Este tipo de subjetividades y sus procesos de constitución pueden ser rastreados a través del análisis de formas organizativas populares y del papel que ha jugado en ello la educación. Un asunto a tener en cuenta en la noción de subjetividades emancipatorias es el de los sentidos y significaciones de los que está hecha. Es decir, el componente simbólico imaginario de la subjetividad, que se visibiliza directamente en la praxis de los sujetos (individuales o colectivos).

Constitución de subjetividades

La subjetividad, entendida en el marco de la dinámica histórico-social, tiene un doble carácter: estructurada como entrecruzamiento de factores y dinanismos múltiples, es decir, *producida* a partir de ellos. Pero al mismo tiempo, la subjetividad estructura estos procesos sociales y los transforma abriéndolos al devenir histórico; es decir, la subjetividad es *producente*. Esta doble dimensión se evidencia en autores como Guattari y Rolnik (2006), que plantean la existencia de “sistemas de producción de subjetividad”. Desde tal perspectiva, la subjetividad tiene una naturaleza industrial: es “esencialmente fabricada, modelada, recibida, consumida” (37).

Señalan Guattari y Rolnik que las fuerzas sociales administradoras del capitalismo a nivel planetario han comprendido que la producción de subjetividad es el proceso industrial de mayor importancia. Por eso, las formas de subjetivación capitalista operan con gran fuerza: “sistemas de conexión directa entre las grandes máquinas productivas, de control social y las instancias psíquicas que definen la manera de percibir el mundo” (2006, 40). La sociedad produce y, al mismo tiempo, es producida como tal por un “sistema de significación dominante” de escala

planetaria. Este planteamiento guarda vínculo directo con la denominada “subjetividad instituida”, mencionada en el subtítulo anterior.

Podemos decir, entonces, que la subjetividad es producida y al mismo tiempo se constituye, es estructurada y estructura, es constituida y constituyente. La subjetividad es transversal a la vida social, está presente en todas las dinámicas sociales y en todos sus ámbitos: vida cotidiana, espacios y realidades micro y macro sociales, experiencias de interacción diarias. Dentro de los rasgos de la subjetividad, se encuentra su carácter simbólico, histórico, social, dinámico y dual en cuanto a la noción temporal: las prácticas sociales evidencian una doble subjetividad, que por un lado reconstruye el pasado y por otro se apropiá del futuro para hacerlo posible (Zemelman, citado por Torres Carrillo 2006, 92; Torres Carrillo 2007, 82). La noción de temporalidad desde la articulación simultánea de múltiples dimensiones del tiempo es sustancial en las subjetividades reflexivas, constituyentes o emancipatorias. De igual forma, asunto vinculado con la necesaria ruptura del tiempo identitario lineal, siguiendo a Castoriadis, y uno de los factores definitivos para la constitución de sujetos sociales.

Funciones de la subjetividad

Tomando otra arista de referencia en relación con las subjetividades, aparecen, por ahora, dos énfasis en la lectura de sus funciones. Guattari y Rolnik (2006) aluden a la culpa, la discriminación y la infantilización como tres funciones de la subjetividad capitalista. Otro tipo de subjetividad produciría procesos de singularización que de forma similar a lo sucedido con la denominada “subjetividad instituyente” mencionada por otros autores, enfrentarán sin duda una respuesta normalizadora y potenciarán al mismo tiempo la construcción de otros escenarios societales. La singularización, como proceso de constitución subjetiva, conduce a la afirmación de valores en un registro particular y frustra la acción de los mecanismos de interiorización de la subjetividad capitalista.

Siguiendo a Torres Carrillo (2006, 91), la subjetividad cumple simultáneamente tres funciones, a saber: *cognitiva* (como esquema referencial, posibilita la construcción de la realidad), *práctica* (desde

ella los sujetos orientan y elaboran su experiencia) e *identitaria* (aporta los materiales desde los cuales los individuos y colectivos definen su identidad y sus pertenencias sociales).

Retomando los planteamientos de Zemelman (1997) sobre el potencial de la subjetividad social en sus distintos planos de manifestación es posible inferir otras funciones para la subjetividad. En primer lugar, su aporte a la ruptura de la lógica excluyente dominante de las disciplinas, pues su propia constitución demuestra la necesaria conjunción de planos micro y macro sociales, racionales e “irracionales” (23-24). En segundo lugar, al ser entendida como “capacidad de construcción desde lo potencial”, otra función sería su contribución imprescindible a la construcción de la noción de realidad histórica (27).

Sujeto y subjetividad

Desde las funciones mencionadas, la alusión a la subjetividad pasa necesariamente por la reflexión sobre el sujeto; pero no considerado en su concepción moderna universalista: sujeto unitario (el individuo), racional, dueño de sí mismo, incondicionado; sino en su sentido de proceso, de sujeto inacabado que se construye en la tensión y la lucha.

La categoría “sujeto” implica dos posibles nociones, siguiendo a Foucault (1991): la condición de *estar sujeto a alguien* por la existencia del control y la dependencia y el *estar ligado a su propia identidad* en virtud de la conciencia o el autorreconocimiento. El poder sería elemento constitutivo de cualquiera de las nociones. Zemelman establece, por su parte, una clara distinción entre el “sujeto histórico”, propio de la perspectiva determinista estructuralista, actor homogéneo; y el “sujeto social”, diverso simbólicamente. Los sujetos sociales son al mismo tiempo producto y productores de realidad (1992, 13). Para la presente investigación, la perspectiva a abordar será la que considera al sujeto como productor.

La noción de sujeto en Castoriadis aparece vinculada con la génesis de sentido. Para este autor el sujeto no es realidad dada, al contrario, debe hacerse: es construcción, creación histórica. Pero el hacerse sujeto supone autorreflexividad, imaginación y capacidad de acción deliberativa.

Por su parte, para Touraine es fundamental, en la sociedad actual, la constitución del sujeto como única figura capaz de integrar la dimensión económica y la cultural, guardando al mismo tiempo distancia y ruptura con ellas. No se trata de la afirmación del individualismo como predominio de la búsqueda de placer, hedonismo o sometimiento a prescripciones externas, ni tampoco del “encierro” del individuo en el neocomunitarismo. La búsqueda de libertad y de constitución de sí mismo se convertirían en rasgos fundamentales del sujeto. Decía Touraine que “el sujeto es el deseo del individuo de ser un actor [...] es libertad, liberación y rechazo” (1997, 66); existe sujeto “al combatir, indignarse, esperar, inscribir su libertad personal en las batallas sociales y las liberaciones culturales” (67). La insistencia de Touraine en el tema de la libertad al referirse al sujeto tiene que ver con que el individuo ha sido expuesto a la dominación de prescripciones y normas impuestas o construidas por un tercero ajeno a él. En esta medida, es y ha sido un ser *heterónomo* y no *autónomo*; sentido en el cual Touraine coincide con Castoriadis.

El sujeto aparece tanto para Castoriadis como para Touraine como potencia ligada a lo instituyente y conectada directamente con la acción colectiva y el rescate de la experiencia vivida. Ya lo decía Touraine: “el sujeto en cualquier sociedad y cultura, es una fuerza de liberación [...] reconozco en el disidente la figura más ejemplar del sujeto” (1997, 83). Desde su mirada particular existen dos fundamentos del sujeto y de su conciencia de sí: “la lucha contra la lógica del mercado y de la comunidad [...] y la voluntad de individuación” (76).

La identidad del sujeto se constituye en la complementariedad de tres fuerzas: 1) “el deseo personal de salvaguardar la unidad de la personalidad”, 2) “la lucha colectiva y personal contra los poderes que transforman la cultura en comunidad y el trabajo en mercancía” y 3) “el reconocimiento, interpersonal e institucional, del otro como sujeto” (Touraine 1997, 90).

Según Zemelman, los sujetos sociales se constituyen como tal tanto en el plano de las condiciones materiales como en el de las construcciones simbó-

licas y culturales (1998, 13). Lo anterior quiere decir que vinculada a la noción de sujeto se encuentran dos dimensiones de la realidad: una que es aprehensible cognitivamente y otra que lo es empíricamente. El plano de la experiencia es fundamental para Zemelman dado que en él se concreta la transformación de lo deseado en posible. En consecuencia, la práctica social gana preponderancia, pues es por ella que se activa lo social y que se puede construir la utopía. La praxis sería “la capacidad para impulsar transformaciones del presente en tanto es lo dado” (75).

El sujeto social no puede constituirse sin proyecto de futuro. La utopía, como planteamiento anticipatorio de aquello que no existe socialmente aún, pero que puede ser construido, es elemento fundamental que evidencia la existencia de sujeto. Sin la ruptura de la unidimensionalidad, del eterno presente, no existe sujeto. La existencia del sujeto supone “autoreflexividad, imaginación y capacidad de acción deliberativa. El sujeto no está dado, debe hacerse en ciertas condiciones y circunstancias”; el sujeto es creación histórica, dice Castoriadis (Torres Carrillo 2006, 93).

La condición de historicidad permite romper la concepción temporal tradicional y es elemento fundamental dentro de la constitución de sujetos sociales y políticos. Es posible el sujeto si existe la capacidad de pensar históricamente; pero esta implica una resignificación del pasado-presente-futuro. El presente, siguiendo a Zemelman, no puede entenderse como “lo dado” sino como “lo que está siendo” a partir del acumulado de lo vivido como síntesis hasta el momento (el pasado) y la tensión activa con la potencialidad (el futuro).

La construcción del futuro implica combinar dos dimensiones experienciales: la de las percepciones y la del actuar. Es decir, es posible construir futuro (utopía) si se incrementa la capacidad para percibir opciones diversas y, además, se es capaz de concretar su posibilidad de existencia. Pensar y actuar serían categorías dialécticamente articuladas: “la utopía transforma el presente en horizonte histórico, mas no garantiza la construcción de nuevas realidades” (Zemelman 1992, 14).

Subjetividad y sujetos como perspectiva analítica

La subjetividad puede ser asumida en una doble condición: como problema o categoría sobre la cual “teorizar”, o como perspectiva particular para pensar la realidad social. En cualquiera de ellas aparece un campo de fuerzas instituidas e instituyentes en disputa (Castoriadis 1999; Guattari 2006; Zemelman 1997). En este artículo me situaré en la segunda condición enunciada; nada fácil por cuanto implica la destitución de nociones y formas de pensamiento analítico construida de tiempo atrás y una permanente reflexión sobre procesos y prácticas investigativas adelantadas.

La perspectiva de las subjetividades y los sujetos sociales implica reconocer la realidad social en permanente constitución, desde lógicas que incorporan tanto los procesos materiales, como los de construcción simbólica. Se trata de comprender que la historia es devenir continuo y fundamentalmente creación. Que es susceptible de ser modificada por caminos diversos y hacia horizontes indeterminados e imprevisibles. Estas perspectivas analíticas ayudan mucho en medio de las tensiones presentes con las ontologías tradicionales y sus lógicas fuertemente entronizadas en las ciencias y en las formas subjetivas mismas.

Tanto en la perspectiva de las subjetividades como en la de los sujetos —que a la larga están altamente articuladas y casi serían una sola— aparecen las fuerzas de lo instituido-instituyente, constituido-constituyente, producción estandarizada-singularización. Se encuentran las fuerzas de cambio y resistencia a este. La dinámica social es dual pero no dicotómica. Una dualidad que reta las formas de comprensión de las dinámicas sociales.

El análisis de procesos organizativos populares urbanos y de la acción educativa presente en ellos puede permitir la identificación de sentidos con alto potencial emancipatorio o constitutivo de subjetividades y sujetos con este carácter. Además, desde la perspectiva analítica introducida por Rolnik y Guattari resultaría interesante la identificación de sistemas de producción de subjetividad desde la re-

sistencia a las formas de subjetivación capitalistas. El análisis de lo que podría corresponder a procesos de “subjetivación singularizante” (2006) y la identificación de agenciamientos vinculados a la constitución de subjetividades críticas pueden constituirse en algunas claves de lectura de procesos organizativos populares susceptibles de ser analizados.

Existe un vínculo profundo entre imaginario, subjetividades y sujetos sociales. Los imaginarios se cristalizan en instituciones y subjetividades a las cuales dotan de sentidos particulares y a su vez son constituidos por ellas. Las subjetividades dan cuenta de construcciones simbólicas que dan sentido y motivación a la acción sobre el mundo social y los sujetos sociales son expresión subjetiva de ellas. Es el sujeto social, individual o colectivo, quien actúa en concreto en las dinámicas sociales y quien construye en articulación con lo existente nuevas posibilidades de ser.

Procesos educativos, construcción de sentido y transformación subjetiva

La educación es un escenario de disputa de significaciones y proyectos de futuro. Por un lado, es un proceso situado más allá de lo escolar, que “desborda lo curricular y las formas escolares” (Frigerio 2003, 21). Es parte del devenir histórico-social y, por tanto, enfrenta la tensión entre fuerzas instituidas e instituyentes. Por las particularidades que comporta el proceso educativo está directamente articulado a la atribución de sentido, a la construcción simbólica y subjetiva de los seres humanos.

Desde los primeros aportes de Paulo Freire (1965), la educación tiene que ver con el reconocimiento del inacabamiento del ser humano; incompletud que lleva siempre al vínculo o lazo con los otros, las otras y con el mundo mismo. “Somos sujetos inacabados porque no somos sin otros” (Frigerio 2003, 34). La alteridad tiene un carácter estructurante de sentido para los seres humanos: “el sentido no existe si no es compartido” (Jean Luc Nancy, citado por Frigerio 2003, 35).

El reconocimiento de la dimensión ético-política que constituye todo proceso educativo lleva a

considerar el “mandato emancipatorio” de la educación; esto es, en palabras de Frigerio:

la acción política de distribuir la herencia (capital cultural, tesoro común, los mil nombres que recibe el quehacer de los hombres a lo largo de su historia), designando al colectivo como heredero (designación que se propone impedir que nadie quede marginado de la socialización y de la distribución), habilitando a cada heredero a decidir sobre su posicionamiento frente a lo heredado. (2003, 29-30)

La libertad y la responsabilidad que implica este “mandato” involucran intencionalidades educativas asociadas a la construcción de “subjetividades críticas”, que cobran sentido en la medida que articulan pensamiento crítico y acción transformadora de la realidad (Torres Carrillo 2007, 30).

La *educación popular* asume este tipo de intencionalidades y articulaciones, siendo referente común en movimientos y organizaciones sociales, de acuerdo con lo encontrado en el estado del arte. Esta es entendida como “expresión política y pedagógica” (Mejía 2007, 23), “práctica histórica que es a la vez movimiento educativo y corriente pedagógica” (Torres Carrillo 2004, 22). Como movimiento, la educación popular se hace visible en “prácticas de resistencia”, distintas experiencias pequeñas y silenciosas de comunidades que quieren construir proyectos alternativos al capitalismo globalizado y neoliberal (Mejía 2004). Es reconocida también como “campo social e intelectual en construcción”, cuyo desarrollo depende de la participación activa de las involucradas y los involucrados: en la consolidación de redes, espacios para la producción y discusión de ideas y propuestas entre ellos y ellas (Torres Carrillo 2004, 22). “La educación popular forma parte y es la expresión latinoamericana de las corrientes críticas y emancipatorias de la educación y de la pedagogía inspiradas en Freire” (Muñoz *et al.* 2004, 37).

Dentro de los rasgos que caracterizan la educación popular están: el ser un *acto dialógico en el cual la palabra tiene enorme fuerza* para potenciar el empoderamiento de los sectores, grupos o sujetos involucrados. Un *componente ético-político que replantea*

el tema del poder y el de la exclusión. Esto implica formación para la participación política y el ejercicio de la ciudadanía, con un doble componente: cognitivo y práctico. El primero, orientado a la formación de juicio crítico, mediante el análisis de la realidad socio-política en la que se está inmerso. El componente práctico, orientado a generar o fortalecer la participación directa de quienes estén vinculados al proceso educativo, en escenarios de toma de decisión y expresión ciudadana (Cendales 2004, 12).

Dos rasgos más se incluyen dentro de las características de la educación popular: el componente investigativo, la concepción del aprendizaje y el lugar dado a la organización. La investigación se constituye en un componente importante del proceso educativo, pues se considera que “no puede haber acción educativa liberadora sin investigación”. De otra parte, el aprendizaje dentro del proceso educativo popular contempla la acción como una de sus fuentes, pero solo cuando esta es reflexionada colectivamente y además se enriquece con contenidos conceptuales (Cendales 2004, 12). Dada esta noción de aprendizaje y las implicaciones del componente ético-político señalado, la educación se sitúa en una especie de triada indisoluble al lado de la organización y la movilización; procesos que visibilizarían en parte la razón de ser de la práctica educativa popular.

Esta perspectiva pedagógica rompe con la lógica convencional de las prácticas educativas, y se sitúa en conexión directa con la construcción de nuevos sentidos para la educación. Su apuesta por comprensiones amplias de los aprendizajes y el vínculo de la acción transformadora a ellos constituirían escenarios donde la transformación subjetiva puede darse con mucha potencia.

Algunos investigadores como Torres, Zibechi, Naranjo, entre otros, han mostrado que la educación popular es referente en experiencias y procesos organizativos populares urbanos; sin embargo, no se ha indagado suficientemente sobre el vínculo de los espacios de constitución o transformación subjetiva que se han generado y mucho menos sobre la construcción de imaginarios sociales a través de ellos.

Estos constituyen desafíos para enfrentar, al lado de una mayor documentación de procesos organizativos populares urbanos, que permita superar el énfasis dado hasta ahora a los dos polos más visibles de organización y acción colectiva: movimientos sociales y organizaciones populares. Se hace necesario profundizar en la particularidad analítica que ofrecería la dimensión barrial, y dentro de ella, por ejemplo, la categoría “trabajo barrial”. Es decir, aquellas iniciativas y acciones emprendidas por activistas políticos, eclesiales o por los propios habitantes de sectores populares, orientadas a la búsqueda de solución a problemas y necesidades en el plano material y organizativo; de manera que se incentive tanto la mirada crítica de la realidad como la acción transformadora con contenido político emancipatorio en barrios populares.

Referencias bibliográficas

- Bauzá, Hugo Francisco. 2007. “En torno a lo imaginario: entrevista al filósofo del imaginario Jean-Jacques Wunenburger”. *Revista Años 90* (14): 217-224. Porto Alegre: Universidad Federal do Rio Grande do Sul.
- Carretero, Ángel. 2003. “La radicalidad de lo imaginario en Cornelius Castoriadis”. *Revista Anthropos. Huellas del Conocimiento* 198: 95-105. Barcelona: Anthropos.
- Castoriadis, Cornelius. 1989. *La institución imaginaria de la sociedad*. Tomo II. Barcelona: Tusquets.
- Castoriadis, Cornelius. 1999. *Figuras de lo pensable*. Vicente Gómez (trad.). Madrid: Ediciones Cátedra S.A.
- Castoriadis, Cornelius. 2005. *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*. Barcelona: Gedisa.
- Castoriadis, Cornelius. 2011 (1946-1948). “La crisis de la ciencia contemporánea”. *Historia y creación. Textos filosóficos inéditos*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Cendales, Lola. 2004. *La formación para la participación política de las mujeres*. Recuperado de <http://www.dimensioneducativa.org.co/biblioteca>.
- De la Garza, Enrique. 2001. “Subjetividad, cultura y estructura”. *El sujeto construcción y deconstrucción* 50 (21): 83-104. Ciudad de México: Iztapalapa.
- Durand, Gilbert. 1971. *La imaginación simbólica*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Durand, Gilbert. 2000. *Lo imaginario*. Barcelona: Ediciones el Bronce.
- Foucault, Michel. 1991. *Microfísica del poder*. Madrid: Ediciones La Piqueta.
- Freire, Paulo. 1965. *Educación como práctica de la libertad*. Bogotá: América Latina.
- Freire, Paulo. 1997. *Política y educación*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Frigerio, Graciela. 2003. *Los sentidos del verbo educar*. Ciudad de México: Crefal.
- Guattari, Félix y Suely Rolnik. 2006. *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Petrópolis: Ediciones Tinta Limón.
- Lechner, Norbert. 1995. *Cultura política y gobernabilidad democrática*. Ciudad de México: Instituto Federal Electoral.
- León, Emma y Hugo Zemelman. 1997. *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*. Ciudad de México: Anthropos y Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (UNAM).
- Maffesoli, Michel. 2003. “El imaginario social”. *Revista Anthropos. Huellas del conocimiento* 198: 149-153. Barcelona: Anthropos.
- Martínez, María Cristina. 2006. “Disquisiciones sobre el sujeto político. Pistas para pensar su reconfiguración”. *Revista Colombiana de Educación* (50): 120-145. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Mejía, Marco Raúl. 2004. “Profundizar la educación popular para construir una globalización desde el sur y desde abajo”. *La Piragua* 21. Santiago de Chile: Consejo de Educación de Adultos de América Latina, Ceaal.
- Mejía, Marco Raúl. 2007. “Tecnología, globalización y reconstrucción de la educación popular”. *Revista Pasos* (130): 31-42. San José: Departamento Ecuménico de Investigaciones, DEI.
- Muñoz, Jairo, Amparo Beltrán, Yesid Fernández, Martha Moreno, Lola Cendales y Adriana González. 2004. “Desafíos para la educación popular en Colombia”. *La Piragua* 21. Santiago de Chile: Consejo de Educación de Adultos de América Latina, Ceaal.
- Poirier, Nicolas. 2006. *Castoriadis: el imaginario radical*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Sánchez, Celso. 1999. *Imaginación y sociedad: una hermenéutica creativa de la cultura*. Madrid: Universidad Pública de Navarra.
- Santos, Boaventura. 2009. *Una epistemología del sur. La reinvenCIÓN del conocimiento y la emancipación social*. Ciudad de México: Siglo XXI y Clacso.

- Torres Carrillo, Alfonso, et al. 1996. *Discursos, prácticas y actores de la educación popular en Colombia durante la década de los ochenta*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Torres Carrillo, Alfonso. 2004. "Coordinadas conceptuales de la educación popular desde la producción del Ceaal (2000 a 2003)". *La Piragua* 20: 19-61. Ciudad de México: Consejo de Educación de Adultos de América Latina, Ceaal.
- Torres Carrillo, Alfonso. 2006. "Subjetividad y sujeto: perspectivas para abordar lo social y lo educativo". *Revista Colombiana de Educación* 50: 87-103. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Torres Carrillo, Alfonso. 2007. *Identidad y política de la acción colectiva. Organizaciones populares y luchas urbanas en Bogotá 1980-2000*. Bogotá: Colección Ciencias Sociales y Universidad Pedagógica Nacional.
- Torres Carrillo, Alfonso y Juan Carlos Torres. 2000. "Subjetividad y sujetos sociales en la obra de Hugo Zemelman". *Revista Folios* 12. Bogotá: Facultad de Humanidades, Universidad Pedagógica Nacional.
- Touraine, Alain. 1997. *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Wunenburger, Jean-Jacques. 2008. *Antropología del imaginario*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- Zemelman, Hugo. 1992. "La educación como construcción de sujetos sociales". *La Piragua* 20. Santiago de Chile: Consejo de Educación de Adultos de América Latina, Ceaal.

Bibliografía complementaria

- Durand, Gilbert. 1993. *De la Mitocrítica al Mitoanálisis. Figuras miticas y aspectos de la obra*. Ciudad de México: Anthropos.
- Ibáñez, Jesús. 1994. *El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden*. Madrid: Siglo xxi.
- Juárez, Rodrigo Santiago. 2007. "Lealtades compartidas. Hacia una ciudadanía multilateral". (Tesis para optar al título de Doctor en Derecho de la Universidad Carlos III de Madrid).
- Múnica Ruiz, Leopoldo. 1998. *Rupturas y continuidades. Poder y movimiento popular en Colombia 1968-1988*. Bogotá: Iepri, Cerec, Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Colombia.
- Sánchez, Celso. 2003. "Cornelius Castoriadis. Apuntes para una biografía intelectual". *Revista Anthropos. Huellas del conocimiento* 198: 18-24. Barcelona: Anthropos.
- Sierra, Claudia Patricia. 2010. *La dimensión temporal en la constitución de identidades y sujetos sociales o políticos. Ensayo final para el Seminario Formación ético-política: subjetividad, narración e identidad*. Bogotá: Doctorado Interinstitucional en Educación, Universidad Pedagógica Nacional.
- Sierra, Claudia Patricia. 2012. *Notas preliminares sobre la formación política y la constitución de sujetos. Ensayo final para el Seminario Cultura Política y Formación de Sujetos Políticos en América Latina*. Bogotá: Doctorado Interinstitucional en Educación, Universidad Pedagógica Nacional.
- Zemelman, Hugo. 1998. *De la historia a la política. La experiencia de América Latina*. Ciudad de México: Siglo xxi.